

Crítica de Libros

Por Eleazar Huerta

EN ESTA novela se nos da "la trágica y atormentada vida de uno de nuestros más grandes poetas; Pedro Antonio González". Así nos lo asegura el comentarista más auténtico, la propia editorial, en las solapas del libro. Pero el autor dedica su novela a la memoria de Pedro Antonio González y de otros poetas, como Pezoa, Véliz, Gómez Rojas, Raimundo Echeverría, etc.; el autor ha llamado a su protagonista Julio Antonio, que es casi lo mismo, pero no es lo mismo que Pedro Antonio. De donde se deduce bien claro que Luis Enrique Délano, sin ocultar sus fuentes, exhibiéndolas más bien, recaba su libertad de novelista para recrear una vida. Esto impone al crítico el deber de no encaramarse con "El laurel sobre la lira" como si se tratara de una biografía novelada, de un ser híbrido, mitad información y mitad fantasía. El poeta Julio Antonio ha de resultar así más verdaderamente artístico que su modelo principal, porque ejemplariza al poeta chileno modernista en general, sin ceñirse servilmente al anecdotario de uno de ellos, siquiera sea el más ilustre. Luis Enrique Délano ha roto sutilmente las amarras del detalle insignificante, ha valorado a través de su propia sensibilidad la esencia del "poeta maldito", y nos ha dejado su versión, respetuosa y libre a la vez, de algo más verdadero que lo que fué verdad.

"El laurel sobre la lira" está escrito con levedad, ágilmente. El ritmo narrativo es rápido. Los hechos se van sucediendo sin que la escena se inmobilice nunca y nos dé la estampita naturalista. Una emoción contenida, que tiende a la frase, contrapesa el fluir de la acción y le presta cierta fuerza épica. La consecuencia es que, sin darnos escenas, parece que las hubiéramos visto cuando quedan atrás, ya pasadas. La posibilidad de crear recuerdos sin antes describir es uno de los verdaderos puntos de prueba para un novelista y hay que afirmar que esto se halla en Luis Enrique Délano. Ciertamente, la sugestión es monócorde. El tiempo parece pasar siempre al mismo ritmo, porque su soporte es siempre la oratoria reprimida del párrafo. Cuando el novelista cede la palabra a sus personajes, el encanto de la prosa disminuye automáticamente. Pero estas objeciones de detalle en nada amenguan el acierto principal: dar vida con un mínimo de materia, gracias a la forma.

La levedad descriptiva a que me vengo refiriendo es visible particularmente en el viaje de Julio Antonio y en su llegada a Santiago. Con sus ojos provincianos, el muchacho percibe lo más externo de la ciudad; calles anchas, gente bien vestida, tranvías. Por un instante, un Santiago tan esquemático es casi una visión de libro escolar, una lectura histórica. Pero un detalle vivo, el asombro del muchacho ante un edificio de estilo Tudor, supera el obstáculo. La estampita de un Santiago para niños cede ante el Santiago visto por un niño.

En este Julio Antonio que todavía no es poeta, pero que siente la vocación de serlo, el autor no bucea. Deja el hecho en su misma vaguedad misteriosa. El tío de Julio Antonio, fray José, sospecha muy fundadamente que su sobrino carece de vocación para el sacerdocio. En cambio, el interesado no distingue si su exaltación es mística o literaria. Ahora bien, el poeta seguirá siempre así, un mucho sonámbulo, y en su misma noche de bodas, cuando olvide a su joven esposa y luego la atropelle brutalmente no sabrá como pudo ser aquello. El novelista nos irá contando lo ocurrido desde el punto de vista de Laurita y no

querrá penetrar en la mente alucinada, obscura, de Julio Antonio.

El novelista deja que el final nos dé, si alcanza a tanto, la clave del principio. Por lo que sucede a Laurita se podría explicar lo acaecido entre Julio Antonio y su tío, lo que hizo al fraile negar su apoyo al sobrino. Tampoco insiste el autor en analizar los sentimientos de la señora Cisternas. Los adivinamos, eso sí, cuando al morir le entrega su hija al poeta. De este modo, la agilidad narrativa produce siempre el mismo efecto de iluminar la vida que ya pasó, en vez de pintar lo que está pasando.

La esencia del poeta maldito está en su rebeldía ante el ambiente. Julio Antonio está contra la tradición política, que ve imperante en la sociedad chilena, está contra los cenáculos y tertulias literarias, contra el matrimonio y contra la amistad. También contra la amistad, pues si hay quien se obstina en amarlo y ser amigo suyo, él no da nunca el primer paso. Pero esta rebeldía, esta hambre de personalidad frente a lo que nos rodea, es compatible con la docilidad ante los modelos lejanos, ante los espíritus sin cuerpo que son los libros, seres que inducen y no coaccionan. La afición y la bebida de Julio Antonio es muy suya, viene de su desamparo y hosquedad, de su vida pobre, bohemia, pero es irresistible porque el poeta la siente como la sed de Poe, la sed de Verlaine. Es rebeldía ante el ambiente burgués, pero igualmente servidumbre literaria.

Es curioso el detalle de la barba. La barba crecida, descuidada, llega a ser algo básico del poeta maldito. Los jóvenes que admiran a Julio Antonio, empiezan, muchos, por dejarse también la barba, signo para ellos de carácter selvático e hiruto. Pero la barba del protagonista tiene un origen pactado, convencional. Julio Antonio, que da clases en un liceo de señoritas, que es casi tan joven como sus alumnas, que se inquiete y casi ruboriza cuando las muchachas lo miran fijamente, acepta agradecido la sugestión de la directora del establecimiento: dejarse la barba, a fin de representar más edad y crear una barrera entre profesor y discípulos. La barba hispida, negra y salvaje, era por tanto una fortificación de la timidez, un arma defensiva; y más aún: la aceptación dócil de una sugestión ajena.

Por lo mismo que Julio Antonio es, tal como va saliendo de las páginas de la novela, terriblemente contradictorio, es un personaje lleno de vida. Es orgulloso y tímido, exquisito y vulgar, patriota y apolítico, rebelde y sugestionable y, en resumen, bueno y malo. Desdén lo que escribe, porque sus versos emanan de la necesidad de crear y no llevan la mira previa de la publicación. En cierta ocasión pierde un cuaderno de poesías en la calle y no lo echa de menos. Pero su emoción es inmensa cuando ve impresas por primera vez sus "Rimas", cuando halla a su pensamiento más claro, sobrio y encuadrado en las páginas de un libro que lo había concebido hasta entonces.

En ciertos instantes, Luis Enrique Délano se apoya en el monólogo interior. Hay un asomo fugacísimo al alma del poeta, por dentro, en sus reflexiones sobre Alicia, con sus inevitables desprecios a la puntuación usual. Pero el autor es muy cauto en lo de seguir la senda de Joyce y vuelve en seguida a su propia forma. La página no desentona, porque está apenas esbozada, pero es interesante como acreditativa de la inquietud literaria de un escritor que intenta fundir en la manera épica algunos granos de tiempo subjetivo.

LUIS ENRIQUE DELANO

El laurel sobre la lira



Ediciones Cultura

Santiago